

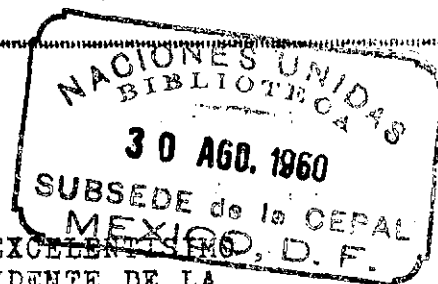
CONSEJO
ECONOMICO
Y SOCIAL



GENERAL
E/CN.12/452
15 de mayo de 1957

ORIGINAL: ESPAÑOL

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA
Séptimo período de sesiones
La Paz, Bolivia



DISCURSO INAUGURAL PRONUNCIADO POR EL EXCELENTE
SEÑOR DOCTOR HERNAN SILES ZUAZO, PRESIDENTE DE LA
REPUBLICA DE BOLIVIA, EL 15 DE MAYO DE 1957

Quiero testimoniar, en esta tribuna de América, el alborozo que experimenta el pueblo boliviano por el honor de albergar en su seno a esta importante asamblea. El patriotismo continental de los bolivianos se siente excepcionalmente halagado. Nacimos a la vida independiente bajo los auspicios de la mejor tradición americana y nos complace ver cómo nuestra tierra sirve para anudar esos lazos de solidaridad que tienden a onaltecer y a consolidar nuestro destino común.

Los trabajos de la CEPAL constituyen un índice positivo de ese avance empeñoso que viene marcando la conciencia internacional de nuestros días. Hasta la última guerra, los organismos mundiales fijaban su atención en los grandes países. Parecía como si la humanidad hubiese existido sólo en aquellas latitudes donde la cultura y el progreso han acumulado todas las ventajas. La vasta familia de los pueblos pobres, que arrastran desde siglos el legado de la ignorancia y la miseria, no motivó preocupación de las muchas asambleas, conferencias y comités que se reunieron en ese período de retroceso político que va de las trincheras de la primera guerra mundial a los bombardeos de Varsovia en 1939.

Afortunadamente los estadistas que moldearon la paz que ahora vivimos, precaria sin embargo, otorgaron a las Naciones

/Unidas el

Unidas el mandato de estudiar a fondo las cuestiones de los pueblos subdesarrollados. Y así nacieron, al amparo de una concepción justa y generosa, esos organismos especializados que tienen la misión de investigar las causas que obstaculizan el progreso humano en los continentes postergados, cuyas primeras radiografías muestran las lesiones de una explotación varias veces secular.

La CEPAL ha cumplido el mandato de nuestra época. América Latina ha vivido en sus estudios con una exactitud y un relieve no alcanzados en nuestra ya larga trayectoria de pueblos independientes. La justicia me pide decir que en el terreno de la técnica la CEPAL ha descubierto un continente. América Latina era, y sigue siendo en cierto modo, una tierra incógnita, parecida a aquélla que inscribían en sus mapas los desorientados geógrafos del Renacimiento. Se sabía que constituíamos un continente situado en la posición de retaguardia del mundo occidental. No se necesitaba poseer formación económica o sociológica para comprender nuestras calamidades colectivas. El drama del campesino sin tierras ni horizontes culturales, la monoproducción que nos asemeja a las factorías de otros tiempos, el analfabetismo que no da acceso a las conquistas del mundo moderno, saltaban a los ojos del más displicente observador. Hasta que vino la CEPAL nadie había puesto en cifras ni intentado levantar el catálogo de nuestras dificultades. En sus informes anuales y en sus investigaciones especializadas la CEPAL ha compilado los factores determinantes de nuestro atraso.

Quiero escoger, entre los estudios de la CEPAL, uno que a mi juicio encierra gran parte de los problemas de América Latina. El crecimiento de las rentas nacionales en los países que comparten la geografía que va del Río Grande al Estrecho de Magallanes, aunque acelerado en los últimos años, no llega a un nivel satisfactorio. Las tendencias más recientes indican, por añadidura, un debilitamiento en el ritmo de desarrollo. Las inversiones que son indispensables para ensanchar y fortalecer los mecanismos de la economía distan bastante, en algunos casos, de alcanzar una adecuada magnitud. Esos datos traducidos a un lenguaje más accesible para el hombre de la calle demuestran que América Latina se distancia de los grandes países en su desarrollo económico. En proporción con el ingreso nacional estamos invirtiendo menos que los Estados Unidos y que algunos países europeos, en los cuales el bienestar se percibe desde hace ya mucho tiempo. Este contraste entre las naciones latinoamericanas avanzando lentamente y los continentes industrializados que lo hacen aceleradamente, ha llamado la atención de autorizados centros de la cultura mundial. El Instituto Tecnológico de Massachussets, en reciente publicación, sostiene que los pueblos atrasados deben invertir un 20 por ciento de su ingreso nacional si aspiran a recuperarse de las desventajas en que los sumió la iniquidad de otras épocas. Y ya sabemos que en la América Latina la capitalización de la economía no recibe porcentajes superiores al 15 por ciento de lo producido anualmente,

/La diferencia

La diferencia entre los países adelantados y los que pugnan por salir de su atraso, refleja y simboliza el drama de nuestro tiempo. Mientras subsista el abismo que separa la opulencia del pauperismo en la familia de las naciones, tendremos gravemente amenazada la causa de la paz. Hay un fenómeno característico del siglo veinte, que llena y anima la historia de los días que corren. En todos los rincones del mundo, los desheredados ya no se resignan a su suerte. No encontramos ahora, para fortuna del género humano, manos esclavas que se someten al látigo opresor. El eco de las luchas emprendidas por los pueblos para remover los obstáculos que los vedan el progreso es tan fuerte que repercute en todos los horizontes. Pero mientras no haya comprensión internacional para ese proceso estaremos siempre al borde del desastre. Porque si el respeto al derecho ajeno es la paz, como lo sancionó ese ciudadano de América que fue don Benito Juárez, la debilidad de los unos sumada al atolondrado ímpetu de los otros, siembra peligros de violación para ese precepto elemental. La política de poderes en que fluctúa el mundo, desde hace una década, deforma las perspectivas y lleva a medir, con raseros inadecuados, a movimientos que ostentan una genuina e inalienable vocación de dignidad nacional. Aceptar como realidad de nuestro siglo la conquista de la independencia y del ascenso económico por pueblos ayer marginados del disfrute de las ventajas que han acopiado la civilización, significa un paso decisivo hacia el entendimiento internacional y la paz.

/Y ahora

Y ahora permitidme abordar los problemas de Bolivia para proyectarlos en el escenario continental que es el tema de esta asamblea. Como dije en mis primeras palabras, Bolivia es una nación que advino a la vida independiente con un mandato continental. La fundaron nuestros guerrilleros y los hombres del Ejército del Libertador que tenían a América por consigna y a la igualdad de todas las patrias del continente por inspiración. Damos y recibimos aporte de sangre y sacrificio para la emancipación de nuestra América. Desde entonces hemos vivido esperando la llegada de esa América justiciera y libre que zanje sus diferencias por la vía del pacífico arreglo y haga de la fuerza algo situado en el museo de las cosas idas. Y es satisfactorio para nosotros registrar cómo, pese a todas las imperfecciones de que aun adolece el sistema interamericano ya ha logrado sustituir la ley de la selva con instrumentos más afines a la cultura y al derecho.

Bolivia libra en este instante una de las campañas más dramáticas contra el yugo de la pobreza. Erradicamos un sistema político que en el pasado nos condenó a la esterilidad y al sacrificio. Por vez primera en nuestra historia la palabra justicia tiene vigencia y sentido humano. Pero las heridas del pasado no fueron superficiales. Largos años de dominación oligárquica arrasaron nuestra economía y nos convirtieron en un país devastado por intereses ajenos a los nuestros. Después de haber contribuido a formar la civilización occidental con el venere de nuestros minerales y de curvarnos de generación en generación en el esfuerzo silencioso,

/nos queda

nos queda un balance de postración económica. Bolivia es un ejemplo de los males que infieren a los pueblos esos sistemas caducos que sólo demuestran su fuerza en la desesperación que ponen para no permitir que la presa de su egoísmo se les escape definitivamente.

Hemos tenido que imponernos un severo programa de renunciamiento de muchos bienes y complacencias proporcionados por la civilización. Estamos venciendo un proceso inflacionario originado hace un cuarto de siglo; ahora nos enfrentamos a la tarea de ordenar toda nuestra estructura financiera y de nivelar el crecimiento del país con sus posibilidades. Es arduo el esfuerzo, porque nos apesadumbra la contradicción entre los deseos de mejoramiento social y los escasos recursos que dispone un país descapitalizado y pobre. Mi confianza en el porvenir radica en la comprensión del pueblo boliviano, que apoya la estabilización, sabiendo los sacrificios transitorios que ésta implica.

Comprendemos que la interdependencia de nuestra época hace de cada mineral, de cada fibra o de cada alimento, el patrimonio común de toda la colectividad internacional. Y sabemos también que el desarrollo económico es el único instrumento capaz de fortalecer la soberanía nacional y de conjugarla, sin que haya en ello paradoja, con las exigencias del progreso compartido por distintos pueblos. Más intenso será el intercambio entre vecinos de un mismo continente en la medida en que cada uno de los países que lo forman mejoren sus condiciones materiales. Lucharemos para acelerar el

/crecimiento de

crecimiento de la economía boliviana y si fuera preciso ofrendarle a nuestro futuro el desprendimiento más imponderable, estoy seguro que el pueblo boliviano se colocará a la altura de sus deberes. La dureza jamás nos ha hecho vacilar porque fue el hecho histórico en que nacimos y nos desenvolvimos como nación.

Pero no tendría sentido alguno esta conferencia americana cuyos altos intereses sirve la CEPAL si no fuese permanente el gesto y la conducta de una positiva solidaridad. Sin embargo, la experiencia vivida por el pueblo boliviano en los últimos años nos dice que esa solidaridad existe. En los días decisivos de la revolución boliviana hemos obtenido confianza y encontrado ayuda.

Esperamos que, más temprano que tarde, se contribuya a aliviar los específicos problemas planteados por nuestra condición mediterránea que afectan nuestra economía. Somos un país que ha resultado exclavado entre los Andes, sin acceso a ese vehículo de la civilización que son los mares. Sabemos del afecto que se nos profesa en los países que tienen el privilegio de la salida a los océanos y disponemos de facilidades para que fluya el comercio hacia nosotros. Pero el desarrollo de la economía boliviana, si es que no ha de detenerse o desvirtuarse, necesita de nuevas modalidades para un intercambio progresivo.

Somos partidarios, y en ello compartimos un anhelo de la CEPAL, del incremento del comercio entre los países latinoamericanos. Resulta ya intolerable el aislamiento económico en

/que viven

que viven pueblos vinculados por fronteras comunes y alentados por tradiciones idénticas. Pero creemos que el intercambio económico debe ceñirse a lo que constituye el rasgo fundamental del sistema interamericano, la igualdad inequívoca de las partes. No pidamos entre pueblos americanos lo que denunciamos como intromisiones o pretensiones de dominio extracontinental. Serían bien discutibles los títulos de América Latina para demandar justicia en las relaciones internacionales si los Estados que la componen faltan, en su trato recíproco, al ideal de una limpia solidaridad como paso efectivo al anhelo y mandato de sus pueblos de caminar hacia una fraterna unidad continental.

El crecimiento de la América Latina es indesligable, como lo ha demostrado la CEPAL, de la colaboración internacional. En este terreno se han enfrentado, con tono polémico, dos tesis que lejos de ser incompatibles pueden conciliarse perfectamente si los estadistas y la opinión pública saben valorar la urgencia de nivelar las condiciones en las distintas áreas del hemisferio. Una sostiene la necesidad de facilitar créditos y ayuda en gran escala al Estado para promover el fomento de los servicios públicos y el desarrollo de nuevas fuentes de riqueza. Para la otra, el problema consistiría en restaurar los canales de la inversión privada. Los capitales del exterior romperían el círculo vicioso del estancamiento promoviendo el auge del ingreso y la elevación de los niveles de vida. Es el fenómeno que ha calificado la CEPAL, en su lenguaje técnico, de crecimiento desde afuera porque lo suscitan fuerzas ajenas a las /economías que

economías que reciben esos capitales. Es evidente - y sería insensato negarlo - que la inversión privada estimula, cuando sabe respetar las soberanías y las leyes de los países que la albergan, el desarrollo económico. Ninguna nación atrasada que quiera mantener sus instituciones democráticas puede superar su pauperismo sin apelar a los recursos que guardan los grandes centros. Esa traslación de capitales es el factor que contribuyó en otros tiempos a diseminar por todo el mundo un modo de producción asentado en técnicas y en rendimientos avanzados.

Pero las posiciones excluyentes son siempre unilaterales y no concuerdan con la rica complejidad de los hechos. La inversión necesita ciertas obras previas que hagan atractivo el riesgo y seguros los premios. En países sin carreteras ni ferrocarriles, de geografía parcelada por el aislamiento, carentes de los servicios esenciales, la inversión privada pierde sus alicientes más eficaces. Cuando se estudia la realidad latinoamericana no debe olvidarse que en algunos de nuestros países conviven, combinándose o repeliéndose de acuerdo con las características del proceso histórico, las formas capitalistas de la producción con métodos heredados del pasado feudal. En el sector capitalista de la economía, servido por las facilidades que aceleran el tráfico de las riquezas, existe una saturación de inversiones porque es allí donde se han concentrado las fuerzas más dinámicas del país o del exterior. Y en las zonas marginales, aquéllas donde impera todavía el legado colonial, la ausencia de vías de

/comunicación impide

comunicación impide el desplazamiento hasta ellas de los capitales privados.

Para otorgarle a la América Latina ese desarrollo armónico que es exigencia del progreso político y de la sensibilidad social, se impone combinar las inversiones privadas con los créditos y con la ayuda en gran escala. Nuestra madurez repudia actualmente ese fenómeno del crecimiento unilateral que fue el rasgo dominante del siglo XIX. Se incorporaron a la vida activa de la civilización ciertas regiones del territorio latinoamericano, precisamente aquéllas que encerraban riquezas exportables. Y el resto de la geografía quedó sumido en las tinieblas. Un cuadro de luces y sombras, brillante en las zonas donde la técnica moderna realizó su penetración y oscuro en las de menor incentivo, constituyó nuestro perfil. Ahora, las tendencias del desarrollo deben llevarnos hacia la nivelación de esos dos polos de nuestra economía. Modernizar todo el país en su conjunto es una forma de escapar a esa vulnerabilidad dependiente de las fluctuaciones del exterior que sigue siendo la temible carga de un atraso aún subsistente.

El caso de Bolivia ilustra esta tesis que he defendido. La lucha contra la inflación, para que sea eficaz, nos obliga a elevar nuestros niveles de productividad. Si la economía boliviana no se desarrolla en el futuro inmediato, quedaría vitalmente comprometido el programa que hemos emprendido. Pero la productividad es resultante de la apertura de nuevos frentes de trabajo, de la incorporación a la economía nacional de regiones intocadas por la técnica, del mejoramiento de

/servicios de

servicios de energía y transporte. Y para acometer esa ofensiva contra la naturaleza, que lleve mano de obra a actividades más remunerativas, precisamos de una ingente suma de capitales que el país en su actual etapa no puede financiar. Se nos abren dos alternativas que no quiero callar. La primera fincaría sus posibilidades en una extrema austeridad y en el sacrificio de la presente generación. Tendríamos que ir acumulando, gota a gota, en un drama silencioso, los capitales que demanda el desarrollo del país. La dictadura, contraria a las convicciones de los hombres que integramos el gobierno boliviano, y repugnante a la idiosincracia nacional, sería el tributo que el espíritu debería pagar a ese fin material. La otra alternativa consistiría en recibir créditos y ayudas que fortalezcan nuestra economía y la hagan apta, entonces sí, para absorber inversiones en magnitud suficiente. Y el caso boliviano es el de la mayoría de los pueblos del continente. De ahí que confrontemos problemas similares que nos aúnan en el común propósito de superarlos con esfuerzo mancomunado y comprensivo del destino de América como un fraterno pueblo continente.

Señores delegados:

Bolivia os ofrece su hospitalidad, en esta tierra áspera para la comodidad fácil, pero promisoro para la energía creadora que debe caracterizar al hombre de América. Aquí tendis un pueblo ansioso de servir a sus hermanos del hemisferio con el esfuerzo de su pacífico heroísmo y con la esperanza de su liberación. Os deseo el éxito que merecen las

/intenciones rectas

intenciones rectas que confluyen en el eterno ideal de forjar las condiciones propicias para el bienestar y la dignidad humanas.

En nombre del pueblo boliviano declaro solemnemente inaugurado el séptimo período de sesiones de la Comisión Económica para la América Latina.